

nuciosa”. Lo cual significa que en la historia de la literatura, deben figurar, para que sea completa, tanto los grandes como los menores.

MARTHA ELENA VENIER
El Colegio de México

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*. T. 1: *Siglo XIX*. Con la colab. de Pamela Vicenteño Bravo. El Colegio de México, México, 2010; 337 pp.

En un ejercicio de generalización extrema, el paradigma estético y político postrevolucionario tendió a identificar con el Porfiriato el grueso de la literatura decimonónica. A partir de esto, situó una gran variedad de propuestas escriturales en un delicado lugar de la memoria nacional, pues, desde esa perspectiva, el régimen del presidente Porfirio Díaz sólo representaba el despotismo y la injusticia en contra de los cuales había luchado, por lo menos en el discurso, la Revolución mexicana; en consecuencia, cualquier manifestación cultural vinculada con la prolongada presidencia finisecular se antojaba sospechosa de traición a la patria, por decir lo menos.

El palmario anacronismo no restó poder de anatema a tal consideración; antes bien, repercutió en el *imaginario* académico al grado de convertir en lugar común una opinión según la cual la literatura de aquella centuria era no sólo ampulosa y soporífera, sino irrelevante en todo sentido. Por consiguiente, a pesar de que sin las estéticas favorecidas por nuestros narradores, poetas y dramaturgos y sin los temas explorados por nuestros ensayistas y periodistas, era (y es) del todo imposible comprender el decurso de la literatura mexicana posterior, pocas eran las firmas cuyo plumaje pasaba intacto por los lodazales de la desmemoria y se alzaban dignas en cursos escolares donde se solía (acaso aún se suele) denostar en bloque a narradores liberales, versificadores bohemios, dramaturgos románticos y poetisas que incursionaron en el periodismo, simplemente porque sus creaciones obedecieron a parámetros hoy en desuso. Esa omisión, triste es decirlo, apenas tuvo críticos en décadas subsecuentes.

A mediados del siglo xx, por ejemplo, José Luis Martínez denunció cuán parcial era el conocimiento sobre un corpus tan copioso y variado (nada menos que cien años de escritura), y se encargó de reconstruir para los ojos de sus contemporáneos algunas biografías intelectuales, sometiendo a renovada valoración textos legendarios como *El periquillo sarniento* o publicaciones periódicas tan ilustres como *El Renacimiento* y la *Revista Azul*. Por medio de los artículos reunidos en *La expresión nacional* (1955), fue posible exhumar los nombres de los

polígrafos Joaquín García Icazbalceta, José María Vigil y Francisco Pimentel; de editores como Ignacio Cumplido, de los poetas Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera, y de los grandes liberales: Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez o Vicente Riva Palacio.

Consciente de su labor pionera, Martínez incluso aportó una lista de “Tareas para la historia literaria de México”. Su esfuerzo inspirador contaba desde luego con precedentes insignes en trabajos de Pedro Henríquez Ureña y Julio Jiménez Rueda, por mencionar sólo dos mentes convencidas de la relevancia estética e histórica de la creatividad plasmada en palabras durante el siglo XIX, momento en que a decir de Martínez, por vez primera se intentó “una expresión literaria autónoma y nacional”, ni más ni menos.

Mucho se ha adelantado desde entonces, pues la saludable decisión de preparar ediciones críticas y facsimilares y la de organizar útiles antologías y monografías en algunas instituciones académicas, brindan hoy a los lectores, especializados o no, un provechoso material para sumergirse en mares documentales antaño visitados en fondos reservados sólo por quienes podían ostentarse como investigadores.

A ésa que podríamos calificar como fase de rescate, ha seguido otra, cifrada en el análisis, donde los expertos examinan y evalúan las obras a fin de restituirles con justeza un lugar en la historia literaria nacional. Tal esfuerzo ha engrosado el número de tesis de grado donde se transcriben y analizan documentos bibliográficos y hemerográficos elocuentes, mediante los cuales se devela poco a poco el amplio panorama de una centuria donde la escritura resplandeció aun en medio de luchas fratricidas y fantasías donde el orden y el progreso favorecían a unos cuantos.

El paso siguiente, el tercero en una virtual lista de quehaceres académicos, consiste en fomentar una divulgación más amplia de cuentos, ensayos, novelas, poemas y piezas teatrales firmados por escritoras y escritores del siglo decimonono, ausentes hasta hace poco en los manuales donde se proponían panoramas de las letras del país, que hoy nos parecen claramente sesgados por imperdonables criterios políticos más que literarios, propios de la crítica posterior a la Revolución.

Pues bien, ahora que circulan provechosas ediciones facsimilares, ediciones críticas, estudios especializados y obras completas de autores como Altamirano, Cuéllar, Gutiérrez Nájera, Payno, Prieto, Riva Palacio y otros, publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana, el Instituto Mora, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y la Secretaría de Educación Pública; hoy, cuando contamos con la estupenda colección “Al siglo XIX. Ida y regreso”, de la UNAM; y vemos a la distancia los frutos de la afortunada coincidencia de dos investigadores del tema al frente de institutos de primer orden: Fernando Curiel en Investigaciones Filológicas (1993-2001), y Vicente Quirarte en Bibliográficas (1999-

2008), quienes favorecieron el examen y la revaloración de nuestro siglo antepasado. Finalmente, ahora que los estudios sobre aquellas letras gozan de una salud que era apenas anhelo cuando José Luis Martínez sugirió tareas para los historiadores, se percibe con mayor nitidez la contribución del primer volumen de *Doscientos años de narrativa mexicana*, editado por Rafael Olea Franco.

El volumen referido incluye trabajos críticos sobre trece narradores y una narradora; a saber: José Joaquín Fernández de Lizardi, Ignacio Manuel Altamirano, José María Roa Bárcena, Luis Gonzaga Inclán, Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Pedro Castera, Rafael Delgado, Ángel de Campo, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Federico Gamboa y Laura Méndez de Cuenca. En la “Nota editorial”, Olea Franco informa que solicitó a los colaboradores “ensayos que ofrecieran a los lectores interesados en la literatura mexicana de los siglos XIX y XX, una primera aproximación crítica a la obra de un escritor particular, desde un punto de vista analítico que tendiera a abarcar, cuando fuera posible, la mayor parte de sus textos narrativos” (p. 9).

La propuesta, adicionalmente, incluía una intención didáctica pues el editor pidió un “diálogo con la crítica”. Esto contribuyó, en efecto, a dar a los artículos una condición doble: son trabajos de análisis e interpretación literaria, pero son, también, guías de lectura historiográfica porque permiten atisbar la desigual recepción de la narrativa de las catorce plumas elegidas. Altamirano fue reconocido con mayor prontitud que Inclán, y Payno mucho antes que Castera, por ejemplo.

Anoté más arriba que la crítica literaria actual ha pasado a la etapa de análisis de la escritura creativa del siglo XIX. Desde luego, esta aseveración requiere matices, como se desprende de noticias sobre los materiales textuales aún escondidos entre las páginas hemerográficas. Así lo apunta Yliana Rodríguez González al abordar el caso de Ángel de Campo, así lo confirma Rafael Olea Franco al mencionar *Leyendas mexicanas* entre las obras de Roa Bárcena no reimpresas. Y es posible sumar a esa relación un caso extremo: el de Luis G. Inclán, sobre cuyas novelas perdidas durante un incendio y un naufragio, algo informa en su artículo Manuel Sol.

Es justo recordar que hace apenas una veintena de años Belem Clark descubrió en un diario potosino la novela *Por donde se sube al cielo*, de Manuel Gutiérrez Nájera, con lo cual reconstruyó la génesis del Modernismo. O que hacia la década de 1990 nuestro conocimiento de Laura Méndez de Cuenca se limitaba a su relación amorosa con Manuel Acuña, sin que sospecháramos su extenso trabajo periodístico o la existencia de la serie de misivas recuperadas hace poco por Pablo Mora, donde Méndez se muestra consciente de ser una escritora profesional y no una versificadora diletante. Es necesario recobrar ese corpus para restituir su lugar en la historia literaria del país.

Por razones como aquéllas, recuperar, estudiar y divulgar constituyeron el desafío asumido por María Rosa Palazón y el resto del equipo de editoras y editores de la obra lizardiana. Se trataba de un “reto salvador”, explica ella sin exageración en el artículo dedicado al Pensador Mexicano. El trabajo crítico de Palazón, así como los firmados por Christopher Conway, Rafael Olea Franco, Manuel Sol, José Ortiz Monasterio y María Teresa Solórzano Ponce, Margo Glantz, Ana Laura Zavala Díaz, Blanca Estela Treviño García, Adriana Sandoval, Yliana Rodríguez González, Belem Clark de Lara, Klaus Meyer-Minnemann, Pablo Mora y Javier Ortiz, constituyen un elocuente balance de cuanto conocemos y desconocemos sobre el siglo XIX mexicano en materia de literatura.

En suma, si atendemos a lo mostrado por esas críticas y críticos, el campo explorado es tan anchuroso como fecundo: ya lo había demostrado Olea Franco cuando editó el volumen colectivo *Literatura mexicana del otro fin de siglo* (2001); lo que resta por hallar y examinar se antoja un reto mayor. Sirva el primer volumen de *Doscientos años de narrativa mexicana* para estimular el interés en las letras mediante las cuales nuestros antepasados inquirieron, embellecieron, plasmaron, reconstruyeron y significaron un país que, como hoy, intentaba ser menos ignorante y violento, más civilizado y trascendente.

LETICIA ROMERO CHUMACERO

Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Cuauhtepac

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*. T. 2: *Siglo XX*. El Colegio de México, México, 2010; 504 pp.

Con el afán de establecer un diálogo con la tradición literaria y abrir rutas de lectura en el marco de la narrativa del México independiente, El Colegio de México publicó en 2010, durante la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución, los dos volúmenes de la serie *Doscientos años de narrativa mexicana*, uno dedicado al siglo XIX y otro al XX. Comentaré aquí el segundo volumen, editado por Rafael Olea Franco, con la colaboración de Laura Angélica de la Torre.

En la “Nota editorial”, presente en ambos volúmenes, se rinde homenaje a la compilación crítica *Cien años de novela mexicana* (1947), de Mariano Azuela. Por ello es un acierto que el primer estudio del volumen, elaborado por Víctor Díaz Arciniega, abra con una reflexión sobre el carácter crítico de la obra de Azuela. El peso de esta presencia en las primeras páginas del tomo 2 es destacable, además, porque puede notarse que ninguno de los textos compilados tiene ya relación